

A José Martí, cubano de letras, se le atribuye la frase: "Hay tres cosas que cada persona debería hacer durante su vida: plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro". Yo he plantado varios árboles, los primeros a finales de los setenta del siglo XX y

Los manzanos con 35 años ya están viejos, algunos muriéndose, otros desaparecidos porque mi padre los retiró hace meses. Los que quedan y alguno reciente, han visto al viejo hace una semana y previsiblemente por última vez. Nada se puede hacer ya por él sino esperar el fatal desenlace y acompañarle en sus últimos alientos. Yo me acabo de despedir en silencio, con alguna lagrима y estrechando su mano con la mía, transmitiéndole todo el sentimiento de amor que siento por él. Él se consume despacio, tranquilo, ausente, sin apenas moverse y comiendo ya solo con cuchara que otro le acerque a la boca. Mi madre le espera, lo lleva haciendo desde hace 13 años.

Con respecto a tener un hijo, he cumplido a duras penas con un único vástago, hoy un joven de 19 estrenando derecho a voto en unas elecciones democráticas, no ejercido por una resaca de fin de semana. Y en cuanto al libro, tuve intenciones hace tiempo con un volumen ilustrado con la afición por las miniaturas artesanas, pero como con mis pasiones, se van sustituyendo unas con otras sin solución de continuidad.

Y ahora en un renacido intento, paradójico por venir con la muerte, me he puesto a rememorar, a buscar el primer recuerdo en mi memoria y no es fácil.

Hace tiempo que recuerdo poco, que sueño poco, que pienso poco. Antes, mientras conducía solía tener ideas sobre artilugios no inventados. Ahora ya no hago esas largas kilometradas en coche que me brindaban momentos para imaginar. Mi vida actual tiene demasiadas ocupaciones inmediatas como para permitirme sesiones de contemplación.

De los años 1960 no terminé de encontrar nada, quizás alguna imagen de mis abuelos, tanto maternos como paternos, y de sus casas en dos pueblecitos eminentemente agrícolas, de Leon, donde los retretes no existían, y las necesidades fisiológicas debían liberarse entre animales; con la yegua en su establo, con las terneras en la cuadra, o entre palomas, gallinas y conejos. Sin ninguna vergüenza o pudor, pero dedicando especial cuidado luego para que los desechos del cristiano no los pisara otro humano. Para eso se mezclaban con la paja de mullir los animales, tal como me habían enseñado.

Por lo significado del momento, recuerdo la llegada de mi hermano en brazos de mi madre. Nació en mayo, y debido a mis celos, ese verano lo pasé en Gijón con mi tía la modista en casa de unos veraneantes de mis abuelos, de aquellos que iban a secarse a "Castilla" por el estío.

Los años setenta ya tienen más peso en mi cerebro, de los cinco a los quince. El inicio del colegio haciendo "la cola" por cursos, entrando primero los más pequeños. La llegada de la televisión en blanco y negro, con sus rombos, carta de ajuste y las películas de vaqueros o Tarzan en sesión continua los fines de semana que no íbamos al pueblo con los abuelos.

Al colegio me acompañaban mi hermano pequeño y otros dos vecinos. Siempre tenía que esperar por ellos y eso no me satisfacía nada. En el primer día de colegio de mi hermano, por entonces con cuatro años en el 73, ya fui testigo de su especial intransigencia cuando en la zona de juegos con arena, otro chico mayor que él acabó con un labio partido por querer abusar. De aquellos días permanece el aprendizaje de montar en bici con sus correspondientes caídas, los juegos en el patio del colegio, los deberes en el suelo del salón, sobre la alfombra primero y más tarde en la moqueta. Siempre cumplí primero con las obligaciones, así me instruyeron en

el deber mis progenitores y profesores, a los que nunca llamé maestros, porque realmente eran "padres" en un colegio religioso de un barrio de las afueras de la capital.

Antes que mi padre tuviera el primer automóvil (LE-0106-A), un seat 850 blanco, íbamos al pueblo con mi madre en el "coche de línea", un autobús con olor a combustible quemado, donde convivíamos con las gallinas, hortalizas, conejos y otros enseres que iban o venían a Leon los días de mercado en la plaza Mayor. De la carretera general al pueblo, andando por el camino vecinal empedrado o con mi abuelo en la yegua, la "Negra" para encontrar a mi abuela en "La cuesta" esperándonos. A mi abuela materna la perdí con diez años de una trombosis. el día de los Santos Inocentes tras semanas postrada en cama.. Ese mismo año, o el anterior quizás, no quise ir con ella a misa de jueves santo y me dejó en casa a mí Solo sacando punta a un palo con una navaja de las del abuelo, que siempre estaban bien afiladas. Como castigo por mi capricho, todavía tengo cierta deformación en el lado superior derecho de la uña del pulgar de la mano izquierda porque me la llevé con un corte limpio. Con el dedo chorreando sangre fui como descosido en busca de mi abuela a la Iglesia para que me Curara. Otra cicatriz tengo también en la misma mano, esta vez en la primera falange del dedo índice. Con mi abuelo paterno solía serrar los troncos de leña para la cocina las mañanas soleadas de invierno. Esa mañana comprobé en carne la dureza de la madera del fresno. Normalmente untábamos el filo de la sierra de arco con tocino de cerdo de la matanza, pero aun estando el filo lubricado, el primer corte en la madera debía hacerse con cuidado. Si la madera es muy dura, como lo es la de fresno, el filo en lugar de penetrar en ella, sale rebotado como una pelota. En esa maniobra, el bote acabo encima de mi dedo provocando un corte irregular y sangrante, marcándome de por vida. . La derecha en otro verano vio mis dedos atrapados entre correas y poleas de la maquina de trillar cereal, por suerte sin mas que unos amoratamientos En esas fechas y veranos en los pueblos llegaríamos a trillar por el método tradicional del trillo romano, con vacas, yegua e incluso burro, siempre, eso sí, intentando evitar que los animales, en su necesidad, defecaran sobre el cereal.

El despertar al Sexo no fue en la adolescencia sino en la niñez inocente, de la mano de mis tíos y primos observando la cubrición de las vacas por el toro semental que criaba el abuelo, pero este relato es para otro día ...